



LA ESPIGA

B. Vols

¡UNOS POR OTROS
Y DIOS POR TODOS!HOJA SEMANAL AGRÍCOLA DE LA
FEDERACIÓN CATÓLICO-AGRARIA SALMANTINADirección y Redacción: COMPAÑIA, 1
Apartado n.º 45. - Teléfono 1126

CHARLAS

La legitimidad de la propiedad privada

Mientras no se demuestre que un hombre que ha ahorrado una parte del producto de su trabajo no es legítimamente propietario de ella, no habrán probado nada los colectivistas contra la legitimidad del capital en general. Son incapaces de semejante demostración. Saben perfectamente que hay hombres que se han enriquecido con su propio trabajo. ¿En qué principios se apoyarán para discutir a esos hombres laboriosos y económicos la propiedad de capitales así adquiridos, cuando proclaman tan alto que el fruto del trabajo es una cosa sagrada y que debe de llegar íntegro al trabajador? Sabemos perfectamente que los colectivistas declaran que no discuten la legitimidad de ese ahorro, que reconocen al que lo hace el derecho de gozarle y de hacerle fructificar con su propio trabajo, y que lo único que le prohíben es servirse de él para hacer trabajar a los demás y enriquecerse a su costa. Pero, ¿con qué derecho formulan esta prohibición y ponen límites al uso de un bien lícitamente adquirido? La limitación que imponen a los capitalistas no puede legitimarse más que por una de las dos razones siguientes: o porque la dignidad del obrero no le permita descender a ser asalariado y poner su actividad al servicio de otro hombre por dinero, o bien porque el salario no puede ser en ningún caso remuneración adecuada al trabajo. La primera de estas razones no merece ser tomada en consideración, según la opinión de los mismos socialistas, porque con la propiedad colectiva que ellos preconizan, no sólo habría asalariados, sino que todo el mundo sería funcionario y, por tanto, asalariado. Las únicas diferencias que existirían consistirían en que les pagaría un representante del Estado, en lugar de un patrono, y en que recibirían en pago de su trabajo, no oro ni plata, sino bonos equivalentes al trabajo realizado. La segunda razón no es más convincente que la primera. Con el salario se pueden guardar completamente las reglas de la justicia y dar al trabajador una remuneración que represente con exactitud el valor de su trabajo. El Estado socialista podrá, dicen los colectivistas, dar a cada uno exactamente lo que le corresponde por el trabajo que preste; no se

comprende por qué un patrono cualquiera no podría hacer lo propio y con tanta eficacia como el Estado. Incurren en un error los colectivistas cuando sostienen que la nacionalización de los medios de producción harían desaparecer las desigualdades sociales: el pauperismo, la explotación de los débiles, la ociosidad, el parasitismo de unos y el trabajo excesivo de otros, y que es la panacea capaz de curar los males que hoy sufre la sociedad. En lugar de remedio soberano para curar todos los males, sería una causa eficaz de dificultades, de penuria, de rivalidades, de opresión y de miseria. Los partidarios del colectivismo, tan hábiles en destruir, son ineptos para edificar.

Han señalado admirablemente los defectos del régimen social actual; pero han exagerado desmesuradamente sus imperfecciones, y para colmo de males han sido incapaces de proponer algo aceptable que pueda sustituir con ventaja al régimen actual. Todos los sistemas que se han imaginado no son más que ensueños irrealizables. Pero si estos sistemas se implantaran algún día, en lugar de la paz, de la igualdad y de la dicha tan vociferada, proporcionarían a nuestra pobre sociedad decepciones muy amargas. La suerte de la inmensa mayoría de los hombres sería peor que la presente, y entonces se vería la perturbación en todas las clases sociales, una odiosa e insoportable esclavitud pesar sobre todos los ciudadanos; abierta de par en par la puerta a todas las envidias, a todos los descontentos, a todas las discordias; el talento y la habilidad, privada de sus mejores estímulos, y, como consecuencia necesaria, mermadas las riquezas en su propia fuente; en fin, en lugar de esa igualdad tan cacareada, sobrevendría la igualdad en la desnudez, en la indigencia y en la miseria. Por consiguiente, la teoría socialista de la propiedad colectiva es por completo inaceptable, por ser perjudicial aun para los mismos a quienes pretende beneficiar y contraria a los derechos naturales de los individuos, porque desnaturaliza las funciones del Estado y perturba la tranquilidad pública.

J.

A MARÍA INMACULADA

SONETO

Eres tú para mí, Virgen María,
La rosa que embalsama mis alientos,
Eres tú mi consuelo en los tormentos;
Eres tú mi esperanza en la agonía.

Eres mi luz, mi norte, Madre mía,
Y el suspiro más hondo en mis lamentos,
Eres tú quien modula mis acentos,
Eres mi fe, mi amor y mi alegría.

Tú sola eres, sin par, Madre adorada,
Quien alivias mis penas y mis llantos.
Cuando fijo en tu rostro la mirada
Me abismo en tu candor; mas esto es nada
Si contemplo y admiro los encantos
De tu grande pureza Inmaculada.

J.

Crónica político social

La federación de izquierdas.

Fué ésta una de las ideas lanzadas por el señor Azaña en su discurso de Santander y que ha constituido uno de los temas de mayor actualidad estos días. Seguramente que la intención del señor Azaña era reunir en un solo partido a todas las minorías de matiz izquierdista, para poder contar con mayoría absoluta en la Cámara y desechar así el temor de una votación adversa en cualquier asunto, pero los radicales se han negado a colaborar a ese intento, que les haría perder gran parte de su personalidad, además de que Lerroux no se resignaría a ceder al señor Azaña la jefatura del nuevo partido. Así que la federación de izquierdas se ha reducido a una especie de pacto entre los

radicales socialistas, diputados de Acción republicana, «Orga» y «Ezquierda», con un total de 150 diputados. Como se ve, un verdadero fracaso, pues, aparte de no representar más que una minoría bastante exigua de la Cámara, la federación queda completamente en el aire, ya que los vínculos de unión son extremadamente débiles, conservando, como conserva, cada partido su personalidad característica, sus directivas y su programa peculiar, y quedando fuera los dos partidos de izquierdas más poderosos: socialistas y radicales.

El discurso de Azaña en Valladolid.

El asunto de la federación de los partidos de izquierda fué precisamente el tema más extensamente tratado por el Presidente del Consejo de Ministros en su discurso de Valladolid. La coalición actual go-

bernante, a base de los socialistas, no puede durar siempre, y por eso es necesario preparar algo que pueda sustituirla y recoger el poder, tan pronto como este Gobierno se retire; por eso se ha pensado en esta federación, a la cual es extraño, dice, que no se haya llegado antes espontáneamente.

Respecto al ambiente social, dijo que no se explica las quejas que vienen del campo de las derechas. La República no ha perseguido a nadie; (?) no ha hecho más que detenderse de las agresiones de sus enemigos, que ahora claman por la pacificación de los espíritus, debiendo comenzar por pacificarse ellos a sí mismos...

En cuanto a la política internacional, negó que el Gobierno tenga pensamientos bélicos, aunque eso no quiere decir que, si España ve amenazada su integridad nacional, no sepa defenderse y hacer respetar sus derechos, como lo ha hecho siempre.

La jubilación forzosa de magistrados.

La jubilación forzosa de magistrados se está llevando a rajatabla, con la intención, sin duda, de no dejar en la magistratura un solo funcionario que no sea afecto al régimen. Esto ha empezado a suscitar ya airadas protestas, siendo el primero en protestar el Colegio de Abogados de Zaragoza, al que han seguido los de Vitoria, Murcia y otras poblaciones, pidiendo que, antes de jubilar a ningún magistrado, se le forme expediente para comprobar si ha delinquido, y en caso negativo, se le mantenga en su puesto. La protesta se va haciendo general en todos los Colegios de Abogados de la península y el de Madrid va a tomar la determinación de dar de baja en el Colegio al señor Albornoz, por haber violado, con su conducta, el precepto consti-

tucional que prohíbe perseguir a nadie por sus ideas políticas. A la protesta se han sumado los estudiantes, quienes en Sevilla han declarado la huelga general indefinida, hasta tanto que el Ministro no rectifique la conducta que viene siguiendo en este asunto, y se han dirigido a los estudiantes de las demás Universidades españolas, para que se solidaricen con ellos en la protesta.

Huelgas a granel

Las huelgas, que desde la caída de la Dictadura apenas han cesado un solo día, han arreciado durante esta última quincena de modo extraordinario, algunas con caracteres violentos, como la de Sevilla, provocada por elementos comunistas, con fines revolucionarios, y en la que han sido frecuentes los choques con la fuerza pública. La intranquilidad y la zozobra que tan frecuentes desórdenes ha producido en la capital de Andalucía es tan grande que la emigración va tomando serias proporciones, con evidente menoscabo para la vida de la ciudad, que, según decía no ha mucho días un redactor de «Ahora», se muere, y se muere de tristeza, ella, la ciudad del sol, de la alegría, teatro ahora de violencias y de luchas fratricidas.

En Asturias estuvo varios días planteada la huelga minera que afectó a más de 35.000 obreros, con graves daños para las industrias y para las familias de los huelguistas, muchas de las cuales han tenido que ser recogidas en Gijón y en Oviedo.

Mientras tanto, el estado anárquico en que se encuentran desde hace mucho tiempo las provincias de Extremadura, donde apenas pasa día sin choques con la Guardia Civil, preocupa grandemente al Gobierno, que ha tomado la determinación de enviar allí un nuevo gobernador con plenos po-

deres para imponer el orden a toda costa.

Cuchufletas locales

(Diálogo entre paletos)

— Bueno: ¿Y de la huelga, qué?

— Pues de la huelga ná, o como dirían en la zarzuela: de la huelga ná y de la huelga tó...

— A ver, explícate:

— Pues de la huelga ná, porque toda ella no ha «sío» más que un aburrimiento «esaborío», y de la huelga tó, porque se ha visto claro que el presidente de la Federación obrera es el que manda en «tó»: se cerró el comercio, se cerró el «mercao», se cerraron los cafés, y los bares, y las tabernas, y los estancos, y se paró toa la circulación de coches; sólo quedaron abiertos los hospitales, el hospicio y el «cementerio» — ¡ahl, y la casa «dementes» — y no hubo «conflictos», ni disturbios «mayormente», porque no quisieron...

— Pero, ¿y la Autoridad? ¿Y el Gobernador? Porque yo he leído un bando, muy en su punto, y dicen que es un señor muy listo y que tiene mucho genio, y que cuando se enfada es una fiera.

— Cá, no lo creas, el Gobernador es manso.

En el mitin del domingo en el teatro Bretón, habló después de L. M. Echevarría y de G. Franco, el gran alcalde obeso de Madrid don Pedro Rico.

Dijo que la República, rodeada de enemigos por todas partes, ha resuelto el problema de Cataluña con el Estatuto, y el problema de la tierra con la Reforma Agraria, y el de las relaciones de la Iglesia y del Estado, con la separación, supresión de Culto y Clero, matrimonio civil, divorcio, secularización de cementerios; todo esto «respetando el sentimiento religioso» (vaya disco gastado); y en una anécdota que contó muy festiva, añadió que al marcharse el rey, se le sustituye con cualquier rey de la baraja.

— Uno del público, dijo por lo bajo: ¿será por el rey de «copas»? porque ese ya hace tiempo que existe aquí, que no somos como en los Estados Unidos.

— Cá, hombre, repuso el de al lado: es por el rey de espadas.

— ¡Fallo! — replicó un chusco. Tratándose de Pedro Rico, bien claro está que el sustituto es el rey de oros. (Y le apabullaron el sombrero por lo malo del chiste).

— ¿Qué pasa en el Bloque Agrario que todos los días está visitado por multitud de obreros del campo?

— Que se van desengañando de las «ventajas» de la Casa del Pueblo y van a engrosar las filas del Bloque, a ver qué pasa.

CUENTO

Un mitin Comunista en Cuernos

Cuernos, que así se llama mi pueblo, es una aldeíta ribereña de una provincia del Norte, que no es del caso nombrar, donde aún se usan las bragas, los rodados, y el dengue, y donde aún no se baila el agarrado. Mas he aquí que un día se le antojó al Comunismo — ese pajarraco de pico rojo y cola negra — venir a perturbar la paz a los tranquilos moradores de Cuernos con sus estridentes graznidos, o como se dice vulgarmente con un mitin de propaganda. Oíd cómo sucedió.

I

Y va de cuento. Cantan los gallos, muge el ganado en las cortes, poco después suena el toque del alba. Es el mes de mayo y además la gente de Cuerno es muy madrugadora. Os quiero decir con esto que tan pronto como cantaron los gallos en los corrales, y mugieron los bueyes en las cortes, y el tío Mingo en la torre desmochada dió el toque de las oraciones, el pueblo se convirtió en un inmenso botafumeiro con cientos de chimeneas.

Era un día de fiesta, sábado por más señas, que amaneció con los arreboles proverbiales, más otros arreboles hechos con minio en las pocas casas blancas que allí hay. En muchas puertas aparecieron también papeles rojos — anuncios del mitin — pegados con goma, que ya resulta una novedad para estas gentes acostumbres a pegar los anuncios a la puerta del Ayuntamiento o de la iglesia con pan mascado.

La noticia del mitin corrió por el pueblo como llama en reguero de pólvora. Camino de la iglesia la gente menuda se arremolina alrededor de los cartelones y exclama como quien hace un descubrimiento: ¡Una hoz y un martillo! En uno de estos grupos un muchachote, al parecer no bien almorzado, se come las letras y lee así el anuncio del mitin, abriendo la boca más que un legítimo toribio: «A las doce gran mentir cenista en la Venta». «¡Campesinos, lebradores, acudir tos!» ¡«Viva el Cínismo!»

Alegre con esta presa periodística anoto en el papel aquello de «gran mentir» y lo de «cenista» y «Cínismo», junto con estos otros letreros trazados unos con rojo chillón y otros con negro del hollín de las chimeneas y del unto de los carros: «¡Biba la rrepública!» ¡«Biba el Comunismo!»

Después de misa, mientras los muchachos se divertían en la plaza, aguardando la hora del Catecismo, haciendo gorros, pajaritas y banderas de papel con los pasquines anunciadores del mitin, y mientras los

hombres tomaban el camino de la Venta, fueron muchas las mujeres que continuaron en el templo rezando a la Santísima Virgen para que no sucediera nada malo. Y aún me contaron que la *ti Dolores* fué a decirle a la *ti Remedios* con lágrimas en los ojos: «¿Es verdad que cuando vengan los comunistas nos matan a las viejas?»

II

La Venta, una de aquellas magistralmente descritas por Miguel de Cervantes en su «*Quijote*», se halla a dos kilómetros del pueblo. Hermosa, con su largo balcón mirando al Oriente, colocada al pie mismo del camino real, era digna de que en ella habitase alguna Dulcinea; y sin embargo no era así; la Venta siempre la conocimos los del pueblo inhabitada, desierta y triste, como si sobre ella hubiera caído la maldición de alguna gitana.

Por eso al asomarse al balcón el primer orador todos se santiguaron, como si hubiese aparecido un gnomo de esos que habitan en los castillos derruídos. Mal comienzo para un mitin—debió murmurar él para sus adentros—; pero haciendo de tripas corazón y fingiendo serenidad, comenzó así: «Compañeros de trabajos y fatigas: acabamos de salir de la cárcel, donde nos metieron por defender vuestros derechos, los derechos de los proletariados. (Expectación en el auditorio). Hay que hacer otra revolución: de la pasada, nada hemos conseguido. Han suprimido la paga a los curas, les han quitado el chocolate, han apagado las velas y las lámparas... (Murmullo en el auditorio). En vista de ello el orador rectifica y dice: ¡Bueno!, han disminuído los militares, ya no existe la Casa Real... pero ¡y qué! ¿os han bajado acaso las contribuciones? ¿Os han disminuído acaso los *pagamentos*, como decís vosotros? ¡Al contrario! (Muestras de aprobación y numerosos aplausos). Sí, aun allá dijo Tácito: «In extremum ruunt populi exitium cum extrema onera eis imponuntur.» Los pueblos se arruinan cuando se les imponen grandes tributos. Luego, si no queremos perecer, hagamos la revolución comunista». Así dijo mientras que al mismo tiempo daba la vuelta a un bastón colillero. (Aquel latín final y aquel gesto olímpico de dar la vuelta al bastón arrancó una salva de aplausos a los sencillos pueblerinos que le escuchaban con la boca abierta).

Salí al palco el segundo orador. «Compañeros, hagamos la revolución, acabó diciendo el que me precedió en el uso de la palabra, y eso mismo digo yo, hagamos la revolución. ¡Acabemos con la religión! ¡Quememos las iglesias! (Voces del público: «¡Que se retire! ¡Que se retire! Tuerce él su discurso y prosigue: Digo que hay que acabar con

la Guardia civil. (Más voces del público: Eso lo dicen los ladrones y los gitanos). Acallado el tumulto prosigue el orador: Digo que hay que acabar con los Guardias de Asalto, que nos rompen los huesos a bergajazos. Y ¡Viva el Comunismo!». (Voces: ¡Eso sí, que viva el *Cinismo*! Y hubo también muchos aplausos.)

El tío *Celidonio*, que llevaba la voz cantante en todas las interrupciones, estaba ya medio descompuesto y a punto de estallar; más a aún pudo contenerse al ver la sonrisa burlona con que era acogido el tercer conferenciante. ¡El tío *Letras*, el tío *Letras*! se decían en voz baja unos a otros. ¡El tío *Letras*, comunista! Todos sabían muy bien que el tío *Letras* había malgastado el patrimonio de su familia en juegos y comilonas.

Pero el tío *Letras*, sin arredrarse, alzó su visera y exclamó: «Paisanos y compañeros, ¡viva el Comunismo! Ha llegado la hora de que todos seamos iguales. (Risas). Ha llegado la hora del reparto universal. (Más risas). Todo de todos y nada de nadie. La propiedad es un robo. (Fuertes risas). La tierra es de todos. Hay que repartir las tierras.» (Carcajadas a mandíbula batiente). Y así continuó por espacio de algunos minutos, arrojando disparates.

III

Pero ¿qué sucede? Nada que al tío *Celidonio* le estalló el coraje que le estaba comiendo el pecho. Y en medio de la general expectación, y agitando en su fornido brazo una cayada, se encara con el tío *Letras* y le dice: «¡Holgazán, calla esa boca; a trabajar como todos! ¿Qué es eso de repartir las tierras? ¡Aquí no se reparte más que leña!»—¡Muy bien—repitieron a una mil gargantas. ¡Leña, leña!

Y leña hubieran repartido de lo lindo mis paisanos a estos nuevos Guardias de Asalto de la Religión, de la Familia, de la Propiedad y de la Patria, si los tíos vivos, prevenidos de antemano por lo que pudiera suceder, no hubiesen huído a todo escape y en automóvil, por una puerta trasera de la Venta.

Así acabó el primero—y sin duda el último—gran mitin comunista o gran *mentir cenista* que registran los anales de Cuernos, mi querido pueblo natal.

Entre los comunistas cuando les va mal la cosa es corriente decir: «Esto huele a cuernos». Entre mis paisanos quedó como aforismo para semejantes casos el grito del tío *Celidonio*: «¡Aquí no se reparte más que leña!» Y yo quedé convencido de que para ciertos desmanes y locuras, que hoy andan muy sueltos por el mundo, el único e infalible remedio es el jarabe de palo.

VARIEDADES

ANECDOTA

Las dos cuentas

Un niño de diez años oyó un día una conversación relativa a algunas cuentas que habían llevado a su casa y que [era preciso pagar. Entonces concibió la idea de presentar él también a su mamá la cuenta de los servicios que había prestado desde hacía algún tiempo.

Al mediodía, al sentarse a la mesa, la madre encontró en su plato esta sorprendente cuenta:

Mamá debe a su hijo:

Por haber ido a buscar carbón seis veces.....	0,50
Por haber ido a buscar leña varias veces.....	0,50
Por haber hecho varios mandados.....	
Por haber sido siempre un buen chico	0,20
Total.....	1,40

La madre tomó la cuenta y no dijo nada.

Por la tarde, en el momento que el chico se sentaba a la mesa, encontró en el plato la cuenta con el importe que había reclamado. Muy satisfecho se embolsó el dinero; cuando vió otra cuenta concebida así:

Mi buen hijo debe a su madre:

Por diez años felices, pasados en la casa.....	Nada
Por diez años de alimento....	Nada
Por los cuidados durante su enfermedad.....	Nada
Por haber sido durante diez años una buena madre....	Nada
Total.....	Nada

Cuando el chico leyó esta cuenta, no menos sorprendente, se quedó confuso. Con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos de emoción, corrió hacia su madre y se arrojó en sus brazos.

—Querida mamá—dijo devolviéndole el dinero—; te pido perdón por lo que he hecho. Mamá no debe nada a su hijo. Comprendo que nunca te podría pagar lo que te debo. Ahora haré de muy buena gana todo lo que tú quieras, sin pensar en ninguna retribución.